
La crisis energética

Mayor
Héctor Flavio Lossa Álvarez
Oficial FAC.

INTRODUCCION

"VIVIMOS EN PLENA CRISIS": Esta fórmula mágica es el ábrete sésamo para penetrar en el misterio de la modernidad, lo único que sabemos de cierto en un mundo de perplejidades.

Las actuales condiciones y procesos que privan en el mundo nos hacen reflexionar acerca de cuánto a permanecido y cuánto ha variado la connotación y la naturaleza del término categorial CRISIS, en relación a su poder para contener significados que apunten, hacia una misma realidad fenoménica.

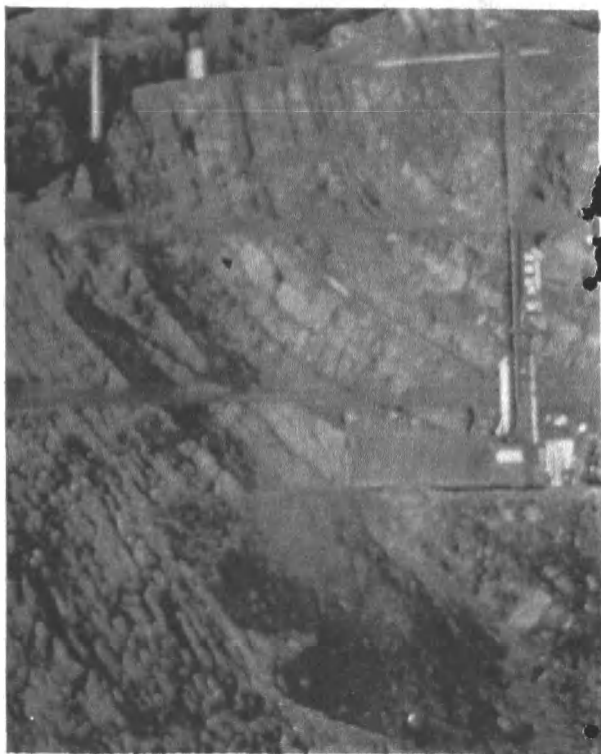
Pues, si bien es cierto que la realidad fenoménica que se pretende capturar con el vocablo, en su dimensión epistemológica y teórica, se ha hecho cada vez más compleja y matizada, también parece no controversial afirmar que se ha abusado del término hasta hacerle perder aquella carga aterrizante y catastrófica de otros tiempos.

Los calificativos le han permitido ingresar en las esferas más diversas de la actividad humana y en cierta medida han tendido a desmantelar la CRISIS en crisis parciales, que por delimitados se hacen menos aterrizantes y por ello posibles de escribir en letra minúscula, de tal manera que se puedan analizarlas con tranquilidad de ánimo; con los recursos y el bienestar material de que careció el señor Carlos Marx en el siglo

XIX o los angustiados ciudadanos de los países desarrollados en la década de los treinta.

VIGENCIA Y ALCANCE DE LA CRISIS ENERGETICA

Este tema se ha revelado como uno de los más controversiales del presente, lo cual constituye una demostración de su actuali-



dad y pertinencia, amén de una incitación a volver sobre el mismo, en busca de precisión y propiedad cada vez mayores. Por eso mismo este estudio difícilmente puede considerarse terminado. Vale la pena recapitular en este prefacio algunos de los puntos más controvertidos.

El incremento acelerado del consumo de petróleo y gas llega a cobrar tal magnitud que coincide con las posibilidades de expansión de la producción de los hidrocarburos, y provoca la rápida y devastadora acción de los rendimientos decrecientes de los yacimientos, especialmente en Estados Unidos y otras áreas desarrolladas. Como los rendimientos decrecientes conllevan elevación irreversible de los costos de extracción, los precios de los hidrocarburos aumentan sustancial y permanentemente. Habida cuenta de que petróleo y gas son el espíritu y motor de la civilización urbano - industrial en su fase más reciente, que directamente o indirectamente hace mover las fábricas, andar los

automóviles y los electrodomésticos, los bombarderos, los cañones y los tractores, crecer las cosechas, que ilumina, calienta y enfría casas y comercios, pavimenta calles y carreteras, que alimenta la producción petroquímica, en suma de que toda la actividad de las potencias industriales depende de los hidrocarburos, el encarecimiento y la inseguridad del suministro petrolero, coloca el núcleo de países dominantes ante una presión y una amenaza claramente insostenible, cuyas implicaciones geopolíticas son obvias.

El encarecimiento irreversible y creciente de los hidrocarburos tiene efectos bastante evidentes en aspectos que han sido puestos de bulto una y otra vez, tales como la inflación, las balanzas de pagos de los países importadores, el sistema monetario y financiero internacional, las desigualdades sociales y nacionales, la tasa de crecimiento económico, etc., efectos convergentes en el sentido de hacer más frágil, más débil, más inestable, más conflictivo, más vulnerable, el desarrollo del capitalismo en los años que corren y en los venideros.

No insistiremos aquí sobre tales efectos, que en definitiva, consisten en reforzar las tendencias depresivas y desestabilizadoras de la crisis global.

Aquí se insistirá en algunos procesos de reestructuración desatados por la crisis energética que ilustran la exigencia objetiva de remodelación global en las estructuras y fisiología del sistema.

Los monopolios buscan la incorporación de nuevos productos y procesos para la ampliación constante de un mercado intensivo, como automotores, electrodomésticos, petroquímicos, etc., gran consumidor de energía petrolera y eléctrica, para una industria que sustituye hombres por máquinas. Ello entraña un creciente requerimiento de petróleo barato, lo que significó la ampliación del mercado para los mono-



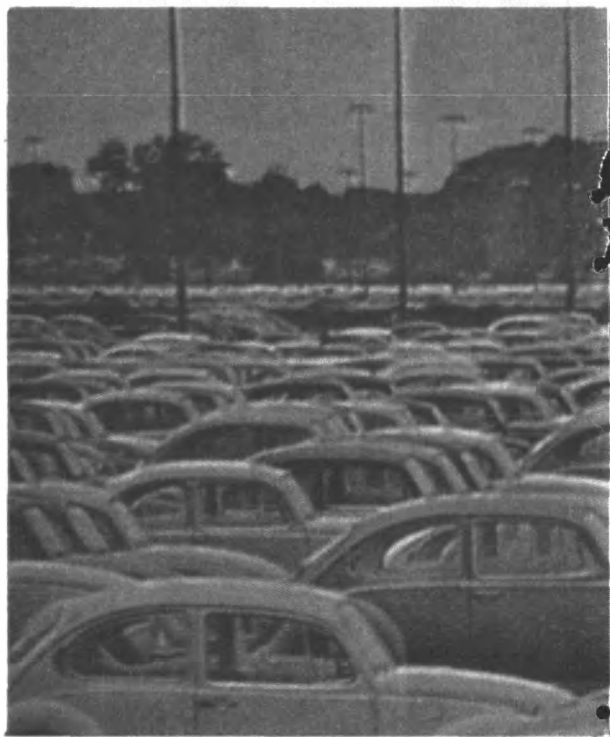


polios petroleros. EXXON Y GENERAL MOTORS pudieron avanzar armoniosamente.

La guerra fría se convierte en el principal incentivo para el desarrollo científico - tecnológico, estimulando nuevos procesos y productos, tanto bélicos como civiles. Este sistema gigantesco de desperdicio requiere la existencia de un excedente pasivo, el cual se drena de los países subdesarrollados.

Cuando ocurre el aumento en los precios del petróleo, se rompe el equilibrio de este estilo de crecimiento y se verifica un incremento en el valor de las ventas produciéndose una acumulación de beneficios muy grande para los monopolios petroleros.

Los monopolios petroleros estimulan el incremento en los precios del petróleo, ya que necesitan realizar una fuerte acumulación que les permitiera recapturar sus autofinanciamientos, condición que se



venía deteriorando y que además constituía un elemento determinante de su transformación en monopolios energéticos.

No se trata de que hayan disminuido sustancial pero transitoriamente los abastecimientos de hidrocarburos para las potencias industriales dominantes del sistema, sino de que tal disminución es alarmante y tiende acentuarse. Se pone de énfasis no tanto en las exigencias físicas de hidrocarburos en el subsuelo del planeta en general cuanto en el aumento del costo y de la dificultad de abastecimientos de hidrocarburos para el sector nuclear del mundo capitalista, donde se concentra el dominio de la industria de la tecnología, de la fuerza militar en suma, el poder económico y político del capitalismo.

No hay crisis energética en el sentido de una escasez física de recursos energéticos; más bien existe una escasez artificialmente formada, generada por varias fuerzas que operan en el marco general de la economía capitalista.

La verdad es que ante esta afirmación es como batirse con molinos de vientos y resulta difícil entender el calificativo de artificial para una escasez que es perfectamente real, en términos de economía monopolista.

Para los combustibles hay abastecimientos físicos y adecuados sólo para el corto y mediano plazo y esto es particularmente cierto para el combustible más importante, el petróleo.

Los minerales necesitan encarecerse por causa de costos crecientes de producción en la medida en que las exigencias declinan, pues a muy largo plazo el factor clave es la energía.

Sólo hace falta hallar un reemplazo barato para los hidrocarburos, para a la postre llegar a la "Edad de la sustituibilidad", en la que la sociedad se basará casi exclusivamente en materiales que son virtualmente ilimitados como son el vidrio, plástico, madera, cemento, hierro, aluminio, magnesio, para





darse cuenta de que todos ellos son grandes golosos de energía o bien son ellos mismos energía condensada.

Es difícil establecer en qué momento se ha de pasar de la energía cara a la nueva era de la energía sobreabundante y barata.

GENESIS Y CARACTER DE LA CRISIS

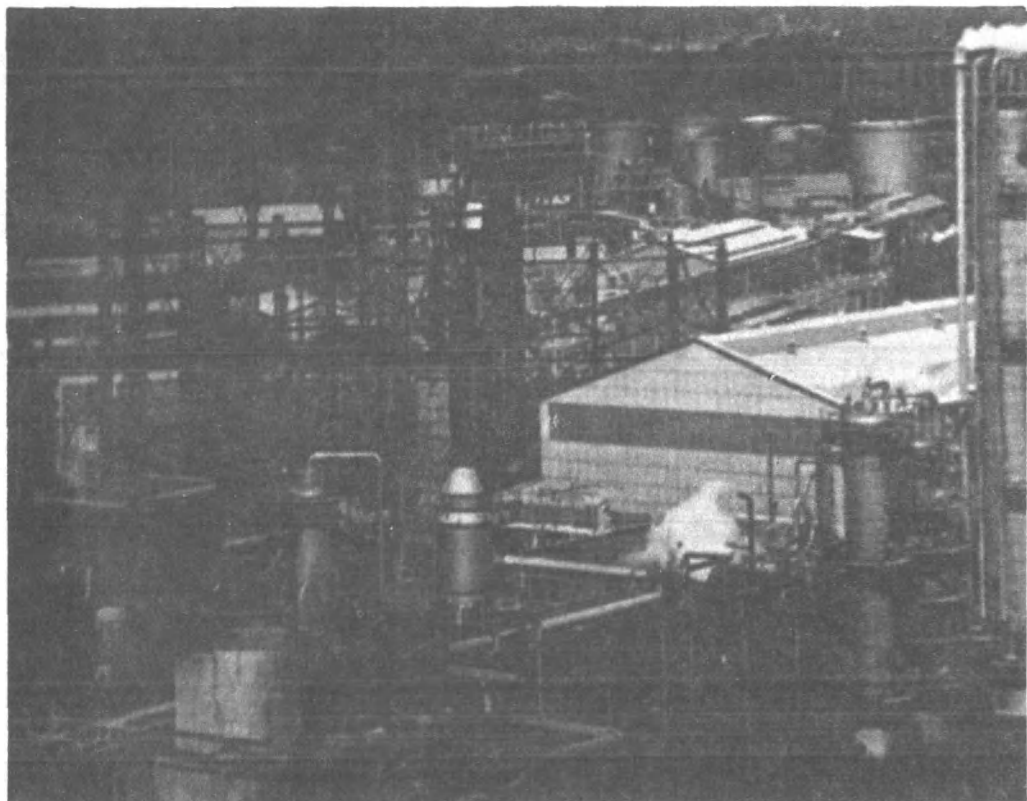
En la atmósfera que se abre en la década del 70 los procesos van a precipitarse en la recesión de 1974 - 1975, la lenta recuperación de 1976 en adelante sembrará ilusiones de que la crisis ha pasado. Sin embargo la trabajosa evolución posterior y sobre todo la recaída en que hoy estamos parece haber enterrado las ilusiones de normalización.

Pero la década trae consigo también la evidencia de las novedades cualitativas

que acompañan esta onda nueva económica.

Otro acontecimiento que estalla en 1970 es que llega al clímax la producción petrolera norteamericana, con la subsiguiente declinación, y el consiguiente requerimiento de importaciones crecientes. Ese mismo año la "OPEP" se descongela y decide aumentar precios e impuestos al petróleo. Las dos hojas de la tijera energética, apuntaladas por el cartel petrolero internacional, comienza a actuar. El encarecimiento y enrarecimiento del petróleo para el centro del capitalismo y la dependencia de este respecto a una parte de la periferia, se instala como proceso irreversible. En suma emerge la crisis energética.

No es raro que el país hegemón del sistema se constituya en epicentro de esta crisis. En efecto, para un país que con el 6%

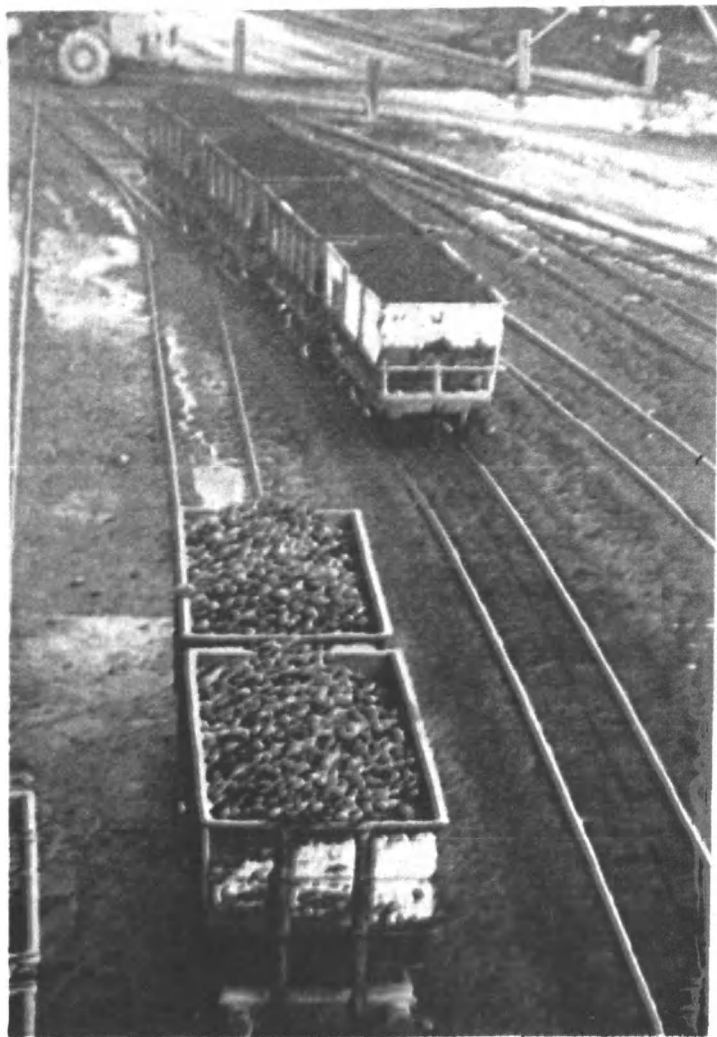


de la población del mundo utiliza el 60% de los recursos minerales de la tierra, no es poca cosa que varios de dichos recursos y no sólo los hidrocarburos comiencen a agotarse, en algunos casos comienza la reducción de las reservas netas. Y por fin se presenta una disminución de la tasa de crecimientos de la producción.

En algunos países como EE. UU. se presenta una dependencia creciente de importaciones de minerales cada vez más caros. Para las demás potencias tal dependencia era ya familiar, pero el binomio - escasez - carestía es un novedoso agravante. Como se ve, la crisis energética puede considerarse como un caso particularmente agudo de procesos más generales de rendimientos decrecientes del substrato natural, acelerados y agravados por un estilo desarrollista - consumista de extracción y utilización, impuesto por los monopolios transnacionales.

En suma, el modelo de desarrollo del neocapitalismo despilfarrador y consumista se ha topado con la "oposición de la naturaleza", hasta ahora considerada como fuente poco menos que inagotable de recursos primarios. Las tendencias al encarecimiento de su explotación y al agotamiento irreversible han repercutido en la conciencia pública de los países propietarios como acicates para la defensa y valorización a menudo conjunta, plurinacional de los que les resta de patrimonio natural: nacionalización y mayor carestía de las exportaciones son los frecuentes resultados.

Es fácil observar cómo el proceso de reproducción ampliada del capital encuentra aquí una barrera que origina una tendencia secular a la reducción de su productividad, con su reverso inflacionario inevitable.



El otro aspecto en que el estilo tecnológico imperante de la producción, transporte, urbanización y consumo ha llegado a violar los límites de la naturaleza hasta extremos insoportables para la población y que retroactúan negativamente sobre el proceso de acumulación es el agotamiento del entorno hasta ayer "gratuito" para el empresario inmediato y mediato de la producción y para la vida. Se está haciendo referencia al aire, el agua, la luz y el espacio físico urbano, cuya contaminación y saturación extremas han conducido a que la empresa ya no puede externalizar como antes la totalidad de estos costos sociales.

Estos elementos, en las modernas condiciones de aglomeración industrial, ya no se pueden reproducir a voluntad, y la descontaminación y el reciclaje para "producir" elementos de precios nulo casi, gravitan ahora como costos reales adicionales para la empresa, aumentando una vez más los requerimientos de inversión, poco o nada "productiva", pero no por ello menos indispensable. Esta inversión descontaminante entraña no sólo una nueva fuente de encarecimiento o inflación, sino también el uso de más equipos, materiales, mano de obra y energía, escasos por unidad de productos.



Otra fuente de deterioro de la productividad, del patrimonio de recursos productivos y de inflación.

Estos círculos viciosos, surgen de la ruptura de las cadenas tróficas virtuosas de la naturaleza por obra de la tecnología, capitalista maximizadora de la ganancia monopolista, a puesto de relieve la calle ciega a que nos han llevado el estilo tecnológico imperante y su substrato científico. El "modus vivendi" que ha emanado la "revolución científico - tecnológica" del capitalismo exhibe hoy de más las lacras de ese dios desnudo: su morbilidad ladina y su "modus moriendi". No es casualidad que el dúo de productos claves de esta civilización el automotor y el petróleo se constituyan en los elementos que más dañan la salud y la vida. Esto para no hablar del complejo militar - científico - industrial: La energía nuclear y su expresión concentrada, la bomba.

Ante este tipo de situación, el sistema económico, ha respondido siempre, hasta ahora mediante esfuerzos suplementarios de producción, tratando de combatir con mayor producción la escasez engendrada por una producción acrecentada. Sin darse cuenta que al hacerlo agrava la escasez; pasado un cierto umbral, las medidas en favor de la circulación automovilística agravan los embotellamientos; en el aumento del consumo de energía engendra contaminación que, si no se elimina en la fuente, exigirá un nuevo incremento en el consumo a su vez contaminante y así sucesivamente.

Dentro del contexto global esbozado se percibe más claramente nuestra noción de crisis energética estructural, según la cual los acontecimientos energéticos de esta década son apenas el inicio de un largo proceso de modificaciones profundas y persistentes en las condiciones básicas de producción, propiedad, comercialización, precios y utilización de los hidrocarburos y en especial del petróleo, principal recurso energético de toda estructura energética del sistema, y en cuyo desenlace otras

fuentes han de asumir el relevo como principal proveedor de energía.

Aunque la manifestación más resistente y escandalosa de este proceso ha sido la tendencia objetiva al encarecimiento del petróleo en términos reales, no es la única ni tal vez la más importante. Esta tendencia emergió explosivamente a fines de 1973 y comienzos de 1974 y pese a haber sido contenida desde entonces en ciertos lapsos, está presente y se dejará sentir en el futuro, debido a que del lado de la oferta actúa ya y actuará cada vez más la ley de los rendimientos físicos decrecientes en una producción total que se aproxima a su clímax en lo que resta del siglo, amén de la elevación de costos de equipos, servicios y personal; mientras que del lado de la demanda sigue presionando un poderoso impulso ascendente de comprobada rigidez inserto en la tecnología dominante y en las formas de producción, de transporte, de consumo, de vida en suma propias de la fase actual lo cual vuelve dicha demanda difícilmente reconvertible hacia otras fuentes energéticas.

Así tiende a ensancharse una disparidad estratégica entre oferta y demanda de petróleo, dentro de un mercado supranacional altamente cartelizado tanto en la fase de producción como en las fases subsiguientes, lo cual no hace sino reforzar la tendencia al alza de precios. La declinación subsiguiente al clímax en la producción petrolera podría llevar las cosas a extremos traumatizantes de violencia y de drama económico - sociales, que inclusive amenazarían con desestabilizar el sistema en ciertas regiones o naciones.

Tales alternativas son factibles por el hecho básico de que el petróleo abundante, de bajo costo y disponible para la exportación está concentrado en los países subdesarrollados, mientras que la mayoría de los países de la "OCDE" (Organización de Cooperación y Desarrollo Económico), son grandes importadores. Los efectos del reciente caso de Irán son bastante elocuentes. De ahí los esfuerzos

febriles por extender y profundizar la explotación, elevar la tasa de recuperación secundaria y la introducción de la terciaria, extraer los petróleos no convencionales, pesados y extrapesados, ordeñar las arenas bituminosas y los esquistos, convertir el carbón en petróleo o gas. Pero nada de esto es fácil técnicamente ni barato. Ello puede posponer por unos años el declive, pero no podrá invertir la tendencia al encarecimiento de la producción petrolera.

Por inercia misma del sistema la situación de los hidrocarburos por otras fuentes energéticas tampoco será un proceso sencillo, rápido ni barato. Se puede pronosticar con seguridad que los hidrocarburos seguirán siendo la principal fuente energética en lo que resta del siglo: de los petróleos convencionales (de bajo costo) se irá pasando a los sintéticos, obtenidos a partir de crudos extrapesados.

La política de los monopolios petroleros, de los gobiernos de los países importadores y de los exportadores pueden aumentar o reducir las magnitudes del déficit de hidrocarburos, acelerar o frenar la influencia de los rendimientos decrecientes, exagerar o moderar el crecimiento de la demanda y el alza de los precios, asegurarse una mayor o menor fracción de la renta petrolera.

En cuanto al drama energético, los estados capitalistas dominantes, a estas alturas pareciera inoficioso reiterar que esos países se encuentran frente a una insuficiencia estratégica del petróleo para satisfacer sus requerimientos energéticos. Se cree que el incremento de la capacidad productiva mundial del petróleo, en lo que resta del siglo difícilmente podrá superar el 1% del promedio anual. Se argumenta que aun tomando en cuenta las posibilidades de utilización de otras fuentes de energía, ello permitiría una tasa de crecimiento económico no mucho más allá del 2% anual que es un ritmo recesivo, inferior al concebido para todos los escenarios de bajo crecimiento considerados en el mismo evento.



La toma de conciencia de la verdadera gravedad del panorama energético para el capitalismo por parte de sus dirigentes, más o menos adormecidos durante 1978, sufrió, a comienzos de 1979, un brusco sobresalto, precisamente por virtud de una de las manifestaciones más estruendosas del proceso crítico en marcha, a saber: el derrocamiento del régimen del Sha de Irán, el cual se había constituido en uno de los pilares de la defensa estratégica del sistema, en la vecindad del campo socialista.

Esta caída de un eslabón importante en la línea fronteriza con el socialismo y precisamente en el epicentro de las fuentes de abastecimientos energéticos más importantes del sistema, ha puesto a las potencias occidentales, y especialmente a Estados Unidos frente a opciones estratégicas de emergencia para intentar superar la fragilidad creciente de su abastecimiento petrolero y ante las repercusiones impredecibles que pudieran derivarse de suspensiones aun temporales o parciales

en el flujo de los hidrocarburos hacia el núcleo hegemónico del capitalismo.

La experiencia norteamericana más reciente, de afiebrada búsqueda de nuevas reservas y de estímulos de la explotación del petróleo nativo, así como la minuciosa y extensa exploración realizada por las compañías transnacionales en toda el área capitalista fuera de la "OPEP", han mostrado clarísimamente con sus rendimientos decrecientes a una tasa exponencial y el encarecimiento igualmente exponencial de las inversiones y costos, que se ha cerrado para siempre en la era del petróleo barato.

Dentro de un par de años Europa Occidental acompañará a los EE. UU. en la curva declinante de la producción petrolera y la dependencia del conjunto del centro capitalista respecto a las importaciones se hará aún mayor. Todo esto a pesar de la reducción en el consumo y en la importación de petróleo conseguida por EE. UU. en 1980, y

al atenuamiento de los ritmos de incremento logrados por Europa y Japón, en gran parte determinado por la onda depresiva que azota sus economías.

No hay duda de que en tales circunstancias los ojos del estado norteamericano se vuelven hacia los "países hermanos" de su propio hemisferio en especial hacia Venezuela y Canadá.

Cuál ha de ser la respuesta y el cuadro de condiciones en que cada uno de estos países se plantee el problema y las soluciones, será de los aspectos claves a discutir. Por el momento vale la pena detenernos en la significación del último plan energético Carter. Con la eliminación de las regulaciones sobre los precios internos de los hidrocarburos, se reconoce de un lado, la inevitabilidad del aumento de la renta generada por éstos y por el otro, queda planteado el problema de cómo ha de dividirse ese incremento que es uno de los claves de la pugna entre los EE. UU. de las potencias capitalistas, las transnacionales petroleras y países productores grandes exportadores. En este sentido los intentos de contención de las importaciones y todo el ánimo de la intervención de Carter ante el pueblo norteamericano van claramente dirigidos a minimizar nuevamente la parte correspondiente a los países de la OPEP.

Lo verdaderamente importante es que parece haber en el mensaje de Carter un acuerdo o una aceptación tácita de hacer frente único con los transnacionales petroleros frente a los países exportadores de petróleo del tercer mundo o en otras palabras contra la intolerable dependencia del petróleo extranjero.

Pese a la euforia de los países menos desarrollados que siguió a las acciones de "OPEP", en 1973 - 1974, las relaciones entre el norte y el sur no han sido revolucionadas por la onda de la revolución petrolera. No se han consolidado otras OPEP. La OPEP no se ha mostrado como una organización dedicada a la creación de un nuevo orden económico internacional.

Los países exportadores de petróleo se han provisto de los medios para ejercer una mayor independencia de acción acumulando enormes riquezas. Sin embargo, no han reducido su independencia respecto a occidente. Están reubicadas en occidente en una relación económica de la cual ninguno puede, ni quiere escapar.

Occidente necesita seguros abastecimientos de petróleo y cooperación de los estados con amplios excedentes de petrodólares en el manejo del sistema monetario internacional. Los estados petroleros nuevos ricos buscan tecnología industrial y militar y oportunidades de inversión en el occidente más industrialmente avanzado.

Desde su peligrosa posición en un mar de pobreza "sureña", las élites del medio oriente tanto de derecha como de izquierda parecen dispuestas a seguir posiciones acomodaticias en el norte respecto al conjunto de asuntos económicos internacionales, que ahora comprende la agenda del diálogo norte - sur.

Mientras los actuales gobiernos de los estados petroleros ricos darán alguna ayuda a los países más pobres del sur a su vez reforzar su propio status internacional y rehuir la crítica de los no - ricos en petróleo, no están dispuestos a usar el petróleo para lubricar la musculatura del sur de una manera que amenace su prolongada alianza con el norte.

sin embargo, la plácida perspectiva que EE. UU. había contemplado en el Medio Oriente para los años 80 ha sido rota por la revolución Iraní. Esta ha puesto de manifiesto los límites practicados en todos los países de OPEP y las virtudes transformadoras de la lucha popular. Al perder su principal baluarte militar en la región, EE. UU. se ha privado de toda garantía del abastecimiento petrolero del golfo Arábigo Pérsico.

La explotación al máximo de la producción petrolera y la rivalidad para obtener suministros que se manifiesta entre los países en desarrollo y próximamente el bloque

socialista, contribuyen a reducir, para los EE. UU., el petróleo del Medio Oriente.

Al mismo tiempo, esta región sigue siendo crítica para los intereses de los EE. UU. ya que aún necesitamos todo el petróleo que podemos obtener en esta zona y nuestros aliados seguirán siendo abrumadoramente dependientes de estas fuentes.

Todos los obstáculos que impiden garantizar un flujo estable de petróleo proveniente del golfo se agigantarán durante esta década.

Todo esto ha conducido al descubrimiento de América Latina por Estados Unidos, lo que plantea en nuestro hemisferio, con vigor inusitado, la pugna entre el "Panamericanismo petrolero" y el "Latinoamericanismo petrolero".

La guerra fría, ya no sólo contra la URSS, sino también contra Cuba y Nicaragua y a veces Guyana, parece tentar a regímenes demócratacristianos que ante las dificultades económicas crecientes que se muestran elocuentemente en las abultadas cifras de deuda externa y en las carencias energéticas; las burguesías y oligarquías latinoamericanas llegan a la conclusión de que lo realista resulta aferrarse a la propuesta de EE. UU. como tabla de salvación. Ante tal "Alianza para el regreso", los organismos de integración latinoamericana fenecen o llevan una vida precaria.

Por otro lado, la agravación de los problemas socio-económicos, en especial los de la pobreza y miseria masivas, hacen difícil esperar una apertura ordenada hacia la democratización.

Siendo como es el abaratamiento de la mano de obra una condición básica para el éxito del modelo, sólo gobiernos capaces de meter en cintura los movimientos sindicales y políticos de la clase obrera por la vía de la coacción o cualquier otra ramarían con el "modelo norteamericano". Lo cual anuncia al parecer un período de exacerbación inusitada de las tensiones y luchas

sociales en el continente de alcance seguramente internacional cuyos desenlaces serán asunto de la historia viva del pueblo.

Conclusiones

1) Es patente la tendencia depresiva del producto nacional real a lo largo de la década, arranca con la declinación de la producción petrolera a la que se suma luego la de la minería del hierro. Pero lo que es verdaderamente sorprendente es la reducción de la tasa de crecimiento del producto para uso interno, hasta hacerse nula en los últimos años.

2) La tendencia depresiva es sorprendente porque contrasta vivamente con los ingresos petroleros del país, que han crecido a un ritmo sin precedentes (20.5% anual). El ingreso por barril exportado creció a una tasa todavía mayor, desde 1971 y en especial desde 1974.

3) La apertura al capital extranjero se aúna a la reducción de la protección aduanera, con el presunto propósito de incentivar también por esta vía la competitividad de la industria nacional. Ello supuestamente debería impulsar la actividad industrial interna, al mismo tiempo que reducir el coeficiente de importaciones. Aquí de nuevo se presenta una proyección optimista, contradicha por el estancamiento, los retrasos y el encarecimiento de la industria básica estatal, la reducción del potencial petrolero y la tributación creciente hacia el exterior, secuela de la dependencia tecnológica y financiera acrecentada.

BIBLIOGRAFIA

- Teoría y política del desarrollo latinoamericano. Alonso Aguilar Monteverde. México, UNAM.
- De la crisis económica a la Guerra Mundial. Claudiu Henry. Buenos Aires. Ed. Americalee.
- El mito de la crisis. Fernando Savater. Revista *el viejo Topo*. Barcelona, España.
- El pensamiento de la Cepal. Santiago de Chile, Editorjal.
- Carta a la comisión de minas sobre la nacionalización petrolera.
- Militarismo e industria, Perlo Víctor. México, Grijalbo.
- La alianza para el progreso. Raúl Prebisch. Aspectos económicos.

**NO NECESITA
MOLESTAR A
SUS AMIGOS...
NOSOTROS
LLEVAMOS SU
PEQUEÑO
PAQUETE O
ENCOMIENDA
EN FORMA
SEGURA A
CUALQUIER PARTE
DEL PAIS !**



No se exponga a penosas negativas,
nosotros le llevamos su pequeño paquete
o encomienda, hasta de 20 kilogramos
en forma profesional,
rápida y segura!



CORREO DE COLOMBIA

llega seguro y a tiempo!